

HECHOS Y GLOSAS

¿BATALLAS PERDIDAS?

Dr. Iso ("Orientierung", Suiza).

"Buscar a Dios en todas las cosas": tal, el auténtico núcleo del mensaje espiritual de San Ignacio de Loyola. Para el jesuita del mundo, y, precisamente, la situación del mundo en cada momento es la transparencia de lo divino.

Los "Ejercicios" culminan en el ejercicio llamado "Contemplación para alcanzar amor": el ejercitante debe meditar "cómo Dios habita en las creaturas", "cómo Dios actúa y trabaja en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra", "cómo todos los bienes y dones descienden de Dios como los rayos salen del sol y el agua de las fuentes".

De esta actitud instalada en la vida concreta deriva la flexibilidad completamente revolucionaria, y la capacidad de acomodación de los jesuitas. Una espiritualidad de cara a un mundo en constante cambio: un decir sí fundamental y hecho hábito a todo aquello que existe, y una genuina alegría de lo existente, de lo "real". La realización de este axioma espiritual atraviesa toda la historia de los jesuitas como un hilo de oro. Con esta actitud de su espiritualidad abierta al mundo lucharon los jesuitas sus batallas.

Jacques Madaule cuenta, en un corto artículo publicado en "Le Monde" (12. VIII. 62, pág. 9. "Batallas Perdidas"), que alguien dijo una vez a un conocido jesuita: "Ustedes han perdido ya dos batallas: la batalla de la controversia de los ritos en China, y la batalla de las reducciones en el Paraguay. Tengan cuidado de no perder la tercera: la batalla Teilhard". El jesuita respondió: "Está Ud. seguro que, realmente, ésas fueron batallas perdidas?".

Lo importante de este diálogo, tanto desde el punto de vista histórico como espiritual, es el que estas tres batallas sean consideradas como auténticas luchas de los jesuitas; fundamentalmente esto es verdad, aunque, en los tres casos —controversia de los Ritos en China, cuestión de las reducciones en el Paraguay y "caso" Teilhard— los mismos jesuitas estaban divididos y no lograban unirse detrás de los luchadores. Sin embargo fueron realmente "luchas jesuíticas", porque en ellas era clara la misión o tarea de la Orden de los Jesuitas: adaptar las verdades eternas cuyo custodio es la Iglesia a las exigencias cambiantes y a las condiciones de cada hora histórica. Se trataba de reivindicaciones concretas de "la espiritualidad jesuítica abierta al mundo".

Ahora bien: ¿cómo es posible que los jesuitas hayan podido ganar estas tres batallas cuando, al principio, todo hacía suponer que las habían perdido?

I. Controversia de los ritos en China.

Francisco Javier avanzó hasta el Asia: él seguía las huellas de los navegantes que, precisamente, habían descubierto la tierra.

Jacques Madaule describe así la situación: "Había llegado para la Iglesia el momento preciso de mostrarse realmente ecuménica y de curar, por medio de una expansión misionera universal, aquellas heridas que acababa de recibir en Europa. Los sucesores de Francisco Javier penetraron profundamente en el Continente Asiático. Se hicieron indios con los indios, y chinos con los chinos. A fines del siglo XVII, bajo el último gobernante de la dinastía Ming, llegó el tiempo en que los jesuitas, gracias a un nuevo Constantino —como en el caso del Imperio Romano— hubieran podido convertir el Imperio de los chinos en un Imperio cristiano. Pero los jesuitas fueron denunciados en Roma y condenados; y, mientras desaparecían los últimos gobernantes Ming, se hundía con ellos la obra misionera pacientemente levantada. Las consecuencias históricas de esta derrota son incalculables. Pero, ¿quién podría hoy, 1962, en vísperas del Concilio Ecuménico, atreverse a sostener que los jesuitas del siglo XVII trabajaron inútilmente?".

Ricci en China y Nobile en la India acomodaron de manera maravillosa los métodos misioneros a esas culturas extrañas, no europeas: una versión de la intuición fundamental jesuítica de que Dios está en todas partes, (no solamente en la cultura occidental), y de que nosotros, por eso, debemos buscarlo en todas partes y podemos encontrarlo.

Hoy, en la época de "la unión planetaria", esta verdad se ha convertido en la ordinaria actitud fundamental de los cristianos en el mundo.

De aquí que los jesuitas Ricci y Nobile, después de trescientos años, han vencido.

II. Las reducciones en el Paraguay.

En el siglo XVIII llegó la segunda batalla que terminó, también, con una provisional derrota de los jesuitas. En América Latina, los indígenas padecían una terrible opresión: los señores coloniales habían obscurecido la trans-

parencia de Dios. Los representantes de la buena "nueva" extendían por todas partes, la tristeza.

Jacques Madaule nota: "Ya se planteó entonces, allá, en toda su amplitud el problema colonial que, más tarde, iba a costar tanta sangre. Los jesuitas se propusieron dar a este problema una solución cristiana para la mayor gloria de Dios, naturalmente, pero también para la salud y bienestar terrestre de estos pueblos inocentes y desgraciados: crearon así las famosas reducciones en el Paraguay y en otros sitios. Con la disolución de la Compañía de Jesús estas reducciones fueron abatidas y aventadas en todas direcciones. Yo no afirmo que la obra de los jesuitas hubiese sido perfecta. "Vosotros habéis enviado pueblos enteros a los colegios", les reprochaba Bernanos en cierta ocasión. Las reducciones eran, sin duda, demasiado paternalistas; pero, si se las compara con la bribonería sin fe que entonces reinaba en todas partes, ellas eran islas de paz y de felicidad. ¡Cuántos problemas que hoy se proponen con tanta intensidad en América Latina estarían ya resueltos si, en lugar de destruir y despojar las reducciones, se hubiesen mantenido y modificado! Se puede soñar hoy sobre estas ruinas como antes sobre las ruinas de un Imperio Chino. Pero, ¿perdieron, realmente, los jesuitas esta batalla? Todo lo contrario. Para aclarar esto basta convivir con el despertar universal de los pueblos colonizados y ver cómo la Iglesia, desde hace medio siglo, está empeñada con la mayor solicitud en distanciar la obra misionera del colonialismo".

Entonces, se aplastó con la mayor brutalidad una obra cuya importancia hoy podemos apreciar rectamente, y cuya interna aspiración podemos experimentarla como un auténtico mensaje religioso en nuestra época de descolonización universal.

La obra concreta histórica desapareció, pero la actitud interna ha conquistado al mundo cristiano, y aun fue más allá: hizo mella hasta en el comunismo y ha creado tanta historia moderna.

III. El "caso" Teilhard.

Las cosas de este "caso" están situadas de manera diversa. Respecto al "monitum" contra Teilhard se trata no de una condenación formal, esto aun cuando y precisamente lo leamos a la luz del comentario del Osservatore Romano—; sino a lo sumo, de una advertencia. Con todo, existen importantes analogías entre el "caso Teilhard", y los dos procesos anteriormente descritos.

Teilhard de Chardin está precedido, consecuentemente, de la línea espiritual de sus antecesores. Con esto, imprime a la intuición fundamental ignaciana "encontrar a Dios en todas

las cosas" un nuevo sello, en cuanto que él lo aplica al mundo de la ciencia moderna, a un cosmos evolutivo.

Citemos una vez más a Jacques Madaule: "El gran problema de nuestro siglo es, por una parte, el aparente conflicto entre la ciencia y la fe; y, por otra, el progreso técnico que —por lo menos en su primer período— maduraba una derrota de los valores espirituales. Teilhard vivió este problema en una intensidad casi increíble. Abrió la puerta de su laboratorio, pero no cerró la puerta de su oratorio. Por el contrario, observó con rigor científico todo lo que sucede, y las corrientes de aire que se establecen cuando se dejan abiertas, al mismo tiempo, estas dos puertas... El intento de Teilhard estaba cortado a la medida de la grandeza de nuestro mundo y de nuestro tiempo; lo mismo que en otros tiempos las obras de los jesuitas en la China y en el Paraguay. La semilla voló poderosa, por todas partes; Teilhard, sin embargo, quiso únicamente sembrar. Una de sus frases favoritas era: "Siempre adelante". También dijo él: "Yo seré comprendido, únicamente, cuando haya pasado". En lugar de esbozar una doctrina completa que no necesitase ningún retoque, nos mostró un ejemplo, un método, un camino. Quería resumir todos los fenómenos en una síntesis evolutiva; pero éste era un programa tan inmenso que el genio de uno solo no lo podía dominar. Es absolutamente posible que en esta síntesis provisional que creó el gran jesuita con toda su alma y todo su corazón, existan ambigüedades y aun errores; nuestra tarea, —y mucho más la tarea de aquéllos que vendrán detrás de nosotros—, consiste en llenar estas lagunas y dejar a un lado estas fallas. En la China y en el Paraguay también había lagunas y fallas: únicamente pueden alimentar la ilusión de no equivocarse nunca los que se limitan a repetir las lecciones ya aprendidas. Pero Teilhard, —al pretender una respuesta a la angustia de nuestros tiempos, al esforzarse en repensar un mundo de rápidas transformaciones—, fue fiel a su vocación jesuítica. Todavía más: él señaló para el futuro una dirección que no puede ser ya impugnada. La batalla de Teilhard no puede ni debe perderse. Comienza ahora".

El intento central de Teilhard ya ha triunfado: Teilhard sostiene, en resumidas cuentas, que nuestro mundo evolutivo no es otra cosa que lo que ya había dicho Pablo de Tarso: Cristo llenó en su resurrección y ascensión todo el mundo con su realidad humano-divina.

En este punto de vista paulino se alimenta toda la espiritualidad jesuítica. El que rechaza la intuición fundamental de la creación teilhardiana, pone, al mismo tiempo, en tela de juicio que se pueda, en realidad, vivir cristianamente en este mundo en el que Dios está presente en todas las cosas. Más aún: negaría, en último

análisis, la importancia cósmica de la resurrección de Cristo y su ascensión a los cielos.

La provisional derrota de Teilhard es, en las perspectivas históricas aquí señaladas, una prueba de que, en una escala decisiva, ha obtenido ya la victoria.

Quizá tan sólo por este camino, y dentro de esta dialéctica entre derrota y victoria, es por el que puede realizarse un auténtico progreso. Las realizaciones provisionales tienen que perecer en alguna parte para que lo genuino duradero pueda manifestarse y triunfar en su total pureza.

Posiblemente, dentro de esta dialéctica está escondido el dinamismo propio de una "historia sagrada".

* * *

DATOS SOBRE EL DESARROLLO SOCIO-ECONOMICO DE AMERICA LATINA EN 1965

Un informe de la "Comisión Interamericana de la Alianza para el Progreso" (CIAP) a la IV Conferencia del Consejo Económico y Social Interamericano reunido en Buenos Aires, contiene los siguientes datos estadísticos de 1965 para América Latina (los traducimos de un boletín del "National Foreign Trade Council Inc.", 10, Rockefeller Plaza, New York, N. Y., 10020, 23 de marzo 1966).

Producto nacional.

El producto nacional bruto per cápita subió a 2.5%; el valor de las exportaciones, 2.6%; el valor de las importaciones, 4.1%; y la financiación extranjera sumó \$2.100 millones en 1964. Por otra parte, las naciones latinoamericanas pagaron más de \$1.500 millones solamente el año pasado para servir sus deudas exteriores, casi 4 veces más que hace diez años.

Durante 1966, el aumento del producto nacional bruto per cápita se calcula en un 2.5%; las exportaciones en un 3.9% y las importaciones en un 10%. Entretanto, fuentes norteamericanas estiman el aumento per cápita de 1966 para diecinueve repúblicas latinoamericanas en cerca de 2.7%, comparado con el 2.8% en 1965 y el 2.4% en 1964; se espera que el valor total del gran producto nacional aumente este año en 5.6%, contra aumentos del 5.7% en 1965 y 5.3% en 1964, a cerca de \$75,570 millones; de ese total, 88% corresponderá a México (\$18,900 millones), Brasil (\$15,260), Argentina (\$12,230), Venezuela (\$7,370), Colombia (\$5,400), Chile (\$4,130) y Perú (\$3,090).

Las estadísticas de América Latina son algo engañosas, señala el editor asociado de "Times",

Reston; el objetivo de la Alianza era una tasa de crecimiento económico de 2.5% por año, y después de un lento arranque, esto se logró en 1964 y 65; pero solamente la mitad de las repúblicas latinoamericanas consiguieron esta proporción, y la mayoría de los países en realidad tuvieron una tasa más baja de crecimiento en 1965 que en 1964.

Población.

Lo más perturbador es la tendencia de la tasa de crecimiento económico en relación con la tendencia de la tasa de crecimiento poblacional; la población está ahora aumentando en América Latina, en su conjunto, a un 2.8%; pero en Costa Rica, donde la tasa de crecimiento económico era de 0.9% el año pasado, el crecimiento poblacional fue de 4%, y en América Central, en conjunto, la población ahora está creciendo más aprisa que en cualquier otra parte del mundo; el presidente de la CIAP Sanz de Santamaría estima que la actual población latinoamericana de 220 millones aumentará más del doble, hasta 500-600 millones, a fines del siglo y no hay nada en las presentes tendencias económicas que se compare con esta perpleja perspectiva.

Progreso social.

Hay algunas señales esperanzadoras en ciertos países, principalmente Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú y Venezuela; pero el progreso social en el conjunto de la región ha sido desalentador. Hay un déficit de alojamientos de entre 15 a 19 millones de unidades; las reformas agraria y social van muy lentamente; la producción agrícola ha bajado en realidad durante los últimos cinco años y las reformas educacionales no guardan el paso con la creciente población escolar, como se dirá más abajo. Es verdad que en cualquier programa decenal de progreso reconstructivo siempre hay tendencia a la lentitud en la primera mitad, pero hay muy poco en este cuadro que justifique el presente optimismo oficial de alcanzar la tasa de crecimiento per cápita del 2.5%; lo que cuenta es la tendencia general, y ésa no va caminando hacia el objetivo de Kennedy, la propia suficiencia en 1970, sino que en realidad va caminando contra él.

Instrucción.

El total de niños y jóvenes adultos latinoamericanos entre los 7 y 19 años se estima haber crecido de 46 millones en 1950 a 58 millones en 1970; además del simple problema de proveer suficientes aulas y maestros, la gran debilidad de la educación en América Latina es la tasa excesivamente alta de pérdida en todos los niveles; de los niños que ingresan al primer año de primaria sólo un 14% termina el curso primario; el plan de estudios en todos los niveles